

RAÚL SAN
MIGUEL

Afluentes de un pueblo

El azul del cielo es más intenso sobre la Plaza de la Revolución y la mañana fresca se expande entre el silencio de los afluentes de pueblo que convergen dentro del Memorial José Martí, para rendir homenaje eterno a quien ofreció como legado el ejemplo de su vida: Fidel, el Comandante en Jefe, el Líder histórico de la Revolución Cubana.

Allí estaba, visible entre los rostros de varias generaciones, donde los más bisoños parecían banderas. Nunca vi tanto orgullo en las nuevas simientes de la Patria. Más que dolor había gratitud y entereza. Los jóvenes han crecido en este empuje de convicciones que nos recuerdan a Mariana, la madre de los Maceo cuando convocó al más pequeño de sus hijos a empinarse para luchar por la independencia de Cuba.

Fidel participaba personalmente de las jornadas voluntarias para la construcción de Círculos Infantiles y Policlínicos en La Habana, después de duras jornadas de trabajo relacionadas

con la dirección del Estado. Dialogaba con su pueblo en plena Plaza de la Revolución. ¿Acaso disponía de más de 24 horas para mantener aquella costumbre de visitar las obras en construcción, a los científicos que laboraban en proyectos cuyos resultados ahora benefician a millones de personas en el mundo, compartir criterios, sugerir, apuntar?

Asumo el derecho de recordar que el Comandante en Jefe demostró, supo y pudo ver el futuro, y regresar al presente para contarlo. Aquella mañana, volver a encontrarnos con Fidel en el escenario de tan épicas batallas no podría describirse con palabras. ¡Yo soy Fidel! exclamaron millones de personas en la indómita Isla, mientras los enemigos de la Revolución lo observaron erguido en cada rostro, cuando toda la gloria del mundo cupo en un grano de maíz que alimenta con nuevos bríos las razones para continuar la obra grande por la cual todos luchamos.



DIBUJO: DE JOSÉ LUIS FARIÑAS

IRIS L. MADERA
IGLESIAS

Fidel, de cerquita

Nació a inicios de los 90, cuando un ratito con luz eléctrica devenía motivo de fiesta en el barrio. Apenas recuerdo la primera vez que escuché pronunciar su nombre. Son cinco letras que representan para el pueblo cubano la gratitud a un amigo, el abrazo del jovial hermano: Fidel.

Jamás pude verlo de cerca. Desde el más recóndito sitio de esta "isla guerrillera" las fotos y la televisión lo mostraban con energía en las tribunas, o hablándoles a obreros y campesinos en diálogos casi paternales. Su presencia siempre fue noticia en cualquier país del mundo. En alguna ocasión, y como niña curiosa le pregunté a mami: "¿Y este hombre, cuando duerme?". Ella no me supo responder.

Para entonces ya sus barbas eran grises. Habían transcurrido muchos años desde aquel 13 de agosto, cuando Ángel Castro y Lina Ruz recibieron el milagro del alumbramiento y Birán se tornó fragua de héroes. Pasó el tiempo y sus ideas preclaras guiaban los destinos de más de 11 millones de cubanos. Fue así como nos contaba historias, analizaba triunfos y desaciertos en cada una de sus reflexiones.

En noviembre último Fidel partió. Acomodó en su equipaje los corazones que llenó de júbilo dentro y fuera de su Patria. Dejó una estela de cariño por doquier. Fue a vivir al infinito. Era viernes 25, casi una semana después de mi cumpleaños.

Hace poco la sonrisa de un buen amigo ardía cual candil de esperanza. En fotografías posaba al recibir cierto regalo mío: un afiche con el rostro del Comandante en Jefe que una mañana lluviosa me preguntó cómo conseguir. Al verlo tan feliz, sentí orgullo. El pequeño póster cruzó los mares para sorprenderlo y decirle que le recuerdo con incommensurable devoción. "Si Fidel supiera...", pensé luego.

Justo este domingo, fecha de su aniversario 91, regresan para él mis letras. Quisiera contarle que su vida marcó también la mía. Y como yo, miles tendrán anécdotas similares en el concierto de lo sublime. De múltiples maneras sigue vivo entre nosotros.

ELÍAS ARGUDÍN
SÁNCHEZ

Virtudes de los peros

Un destacado periodista y escritor latinoamericano citó lo que, a su juicio eran nuestras dos mejores fuentes de energía: ... la solidaridad, porque Cuba es el país más solidario del mundo, y la dignidad, que Fidel Castro ha encarnado, hasta ahora, contra viento y marea.

Nos admira que así nos vean. Sin lugar a dudas son cualidades meritorias que nos fortalecen, pero la verdad y la justicia, también encarnadas como nadie por Fidel. Y pudieran haber tantas respuestas diferentes como número de encuestados. E incluso llevar razón. El Comandante en Jefe fue, pero sobre todo es ejemplo, pero no contra viento y marea, sino como algo natural, consustancial a su manera de pensar y actuar.

Es alma inspiradora de esta Isla en los últimos 50 años. Y aunque detractores y adversarios se han esforzado inútilmente en destruir el mito, ahí está él y su tozuda obra, construida por él y el pueblo que inspiró. Por eso, a pesar de huracanes, ventiscas y poderosos enemigos aquí seguimos.

Para hablar de él y ser justo, sin correr el riesgo de tener que hacerlo infinitamente, solo podría apuntarse —como expresara una vez Raúl— Fidel es Fidel.

Y no haría falta hacer referencia a sus méritos y virtudes, porque de sobra se conocen; ni tampoco a su embrujo, sacado a flote por los testimonios gráficos, de las citas con el pueblo en la Plaza de la Revolución y otros escenarios (abarrotaos); y también en sus muchos recorridos por el extranjero, ni tampoco de su obra.

Habría que darle la palabra y por lo menos una semana a cada niño, anciano, hombre y mujer de esta Isla rebelde y digna, como su eterno e indiscutible líder; para no mencionar a cientos de miles de desposeídos de otras latitudes que nos agradecen la salud, los estudios, e incluso algo tan invaluable como la soberanía recobrada.

Desde que Fidel irrumpió en la palestra pública se convirtió en la esperanza de los desposeídos. Sabe todavía cómo mil enciclopedias juntas. Pero lo que más sabe —no se cansó de repetirlo— es que la gloria del mundo cabe en un grano de maíz.

Por eso supo escuchar atentamente, sin distinciones; siempre se ubicó a la altura de cualquier interlocutor, por humilde que pudiera resultar. De ahí que entre sus amigos puedan contarse premios Nobel, afamados actores, periodistas y escritores; y sencilla gente de campo o talleres.

¿Y es qué no tenía defectos? —se preguntarán algunos—. Claro que los tuvo. Lo único es que su genialidad llega al punto de hacer virtudes de los peros.

AIXA ALFONSO
GUERRA

Imperecedero ejemplo

La inmortalidad de la vida y obra del Líder histórico de la Revolución Cubana está estrechamente relacionada con el quehacer político, social y económico desarrollado por Fidel durante su fecunda y larga historia al servicio de la Patria y las causas justas de la humanidad.

Sus ideas rebasan las fronteras de la Mayor de las Antillas y el continente americano. Está en la impronta de cada niño, mujer y anciano que en las más distantes latitudes de Asia y África han recibido la ayuda solidaria de médicos, paramédicos, maestros, instructores de arte o de deportes. Los símbolos que hoy Cuba enarbola en el ámbito internacional son resultado de las enseñanzas y del imperecedero ejemplo del Comandante en Jefe.

Celebramos el aniversario 91 del natalicio de ese Titán de los siglos XX y XXI. Fidel es el hombre que nos enseñó a leer antes de creer, a cultivar la dignidad, y los principios éticos y revolucionarios que deben distinguir a todo ciudadano de bien.

Siempre estuvo en la primera trinchera de combate, para salvaguardar la independencia de la Isla ante las agresiones y embestidas fraguadas por el Imperialismo y sus cipayos. Fue un incansable luchador por el bienestar de los cubanos, sin distinción de clase, credo, ni raza.

De ahí nuestro eterno compromiso de mantener viva su memoria y defender el perdurable legado de ese Gigante de América para las presentes y futuras generaciones.